

# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

Sí, nuestra biblioteca, conforme el tiempo transcurre, se va llenando de libros, los espacios que había en sus inicios eran muchos, pero los años y los días pasan veloces, las hojas del calendario caen una tras otra, y luego, ¡maldita sea! la cuenta de los años pasados no “cuadra” con el tiempo que en la mente, ilusa, teníamos. Y ajustar los números y no acobardarse y sumar bien, es el reto. Pitágoras no se equivoca. Nosotros sí. Pero este año, este casi nuevo año de 2006, sí ha sido agregado a la cuenta calendárica. Ha sido hecha la suma adecuada de los dígitos y ya está en los anales con toda su carga. Bien. Éste tres veces H. Consejo, desea tocar tierra y poner, como debe ser, los pies en este globo. Ya puestos, con todo y zapatos incluidos, y ya frente a nuestro democrático escritorio, en donde permanecen todos los artículos, las colaboraciones fastuosas de nuestros ínclitos escritores, vemos que el maestro Bracho, cabal y puntual, como siempre, nos remite para su publicación un Tranco –famosos que son ya en varias partes del orbe– que creemos nosotros que a usted, lector pluscuamperfecto y superheterodino le va a gustar, como a nosotros lo ha hecho este escrito. Y como el personaje al que hace alusión es de todos conocido y sus hazañas y sus aventuras le han dado varias veces –y durante cua-

tro siglos– la vuelta a este horrible planeta, que sólo es bello cuando se leen novelas como la de este héroe; nuestro planeta es bello sólo cuando se lee a Shakespeare, o a Lope, o a Sor Juana, o a Joyce, o a Homero, o a Rulfo...y tantos...y tantas...

Mis ojos leyeron –yo me preguntaba cómo podría interpretar el papel del Quijote–, y mis ojos se fijaron con gran interés en un ensayo de José Enrique Etcheverry titulado “Aspectos del Derecho en la Ínsula de Barataria” publicado hace ya muchos años: 1955 en Cuadernos Americanos –hoy, publicación de grata memoria– y que dirigía el también inolvidable intelectual, el economista Jesús Silva Hersog.

A propósito y siguiendo el rumbo de Cuadernos Americanos, en el año 1956, don Jesús, al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua –17 de octubre de ese año– pronunció un discurso que versaba sobre “La crítica social en Don Quijote de la Mancha”. Para qué decir que ambos escritos –el de Etcheverry y el de Silva Herzog– nos dan una idea clara y precisa del alcance y profundidad psicológica, social y política que los personajes que desfilan en el libro de Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha.

Su lectura me llevó a hacer una pequeña reflexión esa noche; hacía un poco de frío y afuera el viento lanzaba aullidos de loba; para pasarla bien, tomé una copa de vino tinto, encendí un puro Habano y escuchando –me sentía antiguo– a Lupita Palomera, y claro, recor-

dando los besos y la mirada inquieta y provocadora de aquella mujer –ojos como el verde de los limones de marzo, y brazos como los pudo haber tenido la Venus provocadora, y muslos que me hicieron correr aventuras de mar y de ríos y de barcos y botes de vela y playas arenosas, y pieles cubiertas por el sudor del ajetreo amoroso–, y esa reflexión –la quiijotesca, claro– me dijo que después de cuatro siglos lo que sobre el Quijote se ha escrito es mucho y muy variado. Sí, muchas y muy importantes plumas se han expresado con latitud y sabiduría al respecto, mentes brillantes nos han dejado ensayos y apreciaciones sobre esta historia magistral, cosas que nos han servido a muchas generaciones para comprender mejor y más ampliamente el mundo del Caballero de la Triste Figura.

A mí, en lo personal, siempre, desde su primera lectura, me atrajo la “personalidad”, su “yo”. Claro, soy actor. En vista de eso y ante la tarea grande de poder decir algo, no nuevo, pues, como arriba digo, son cientos de libros los que han tratado todos los aspectos que están presentes en la novela ejemplar de Cervantes, pero quizá sí se podría decir algo no tan publicitado. Y ¡Zas! Que encuentro el hilo de la madeja. Por ello, para celebrar el hallazgo, un nuevo sorbo al tinto, una nueva fumada al Habano, nuevo recuerdo de la mujer que me hizo navegar por los lugares no pisados por hombre alguno.

Sí, el hallazgo fue un libro que también saltaba en los estantes de mi pequeña biblioteca, era el ensayo que el siglo pasado –en los veinte– salía a la luz y era la “Guía del lector de Don Quijote”. En este libro su autor, el polígrafo español Salvador de Madariaga, me daba una idea que es la que aquí trato de desarrollar. En este libro Madariaga traza los rasgos característicos de algunos personajes de la obra de Cervantes. Sigo con fruición, poniendo sólo algo a lo que don Salvador de Madariaga expone, y que yo creo, poco se ha dicho sobre esta circunstancia feliz.

Sí, – “aterrizo” – ¿cómo, yo actor, podría interpretar los personajes de la novela maravillosa? Sí, precisando,

¿cómo actuar, cómo “atacar” el alma, el espíritu y la forma de ser del Quijote?

Para ello, para penetrar a su psique, yo tomaría en cuenta los siguientes valores. Te sigo humildemente Salvador. Va mi cuarto a espadas:

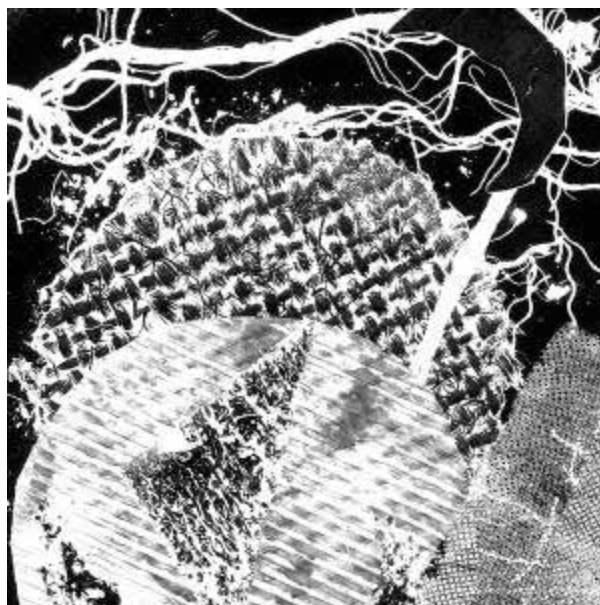
I:

### DON QUIJOTE

Cuando Don Quijote dice (Cap 4- IP) “Yo sé quien soy”, esa confesión, esa certeza

que de sí mismo tiene hace que la tarea de investigación se facilite: sabiendo quién es él, hace que sus acciones todas sean localizables puesto que actúa con ese conocimiento suyo, por lo tanto, conclusión primaria: Es un hombre sensato, cuya actividad natural es una aceptación sencilla de la vida y de los hombres como son y cuya conducta es llana y abierta; pero poseído por una ambición de Gloria –la de las armas– y es arrastrado por esta ambición a negar su propia sencillez y sensatez, y a vivir dando tumbos hacia la extravagancia.

Don Juan, Hamlet, Fausto, son grandes personajes creados por el hombre. Don Quijote entra aquí a esta lista, y entra cabalmente, entra con honores vitalicios. Entra por derecho propio al panteón de los ilustres por la hondura de su alma, en su aparente sencillez, dice Madariaga, encontramos su asombrosa complejidad.



Con Don Quijote podemos visualizar, para mejor entenderlo, para mejor representarlo, una serie de atributos: “Valor-Fe-Idealismo-Utopía-Liberalismo-Izquierdas”. Vamos a ver: Don Quijote es un loco por engaño de sí mismo, de que está cuerdo lo está, la novela, el personaje está sembrado de abundantes detalles, suficientes para afirmar su estado natural: “Yo sé quién soy”.

Es un hombre tímido en cosas del amor y por lo tanto, dado a idealizar. Sus aventuras nos dan motivos para señalar que sus rasgos habituales son los de un hombre soñador e idealista. Como suele sucederle a los idealistas, era un lector acucioso, aficionado al teatro. Su cortesía proverbial, así como su nunca desmentida, ni aun empañada generosidad. Su buen sentido, algo más alto que el sentido común, pero en plena razón. Alma buena y fraternal.

Alonso Quijano es excelente ejemplo de hidalgo español, de hidalgo mexicana, de hidalgo boliviano (Hoy los Hidalgos no se ven por ninguna parte).

Alonso Quijano, ya en camino a Don Quijote se mostró amigo de sus soledades, dado a trotar, a galopar, por los campos sin límite de la imaginación. Y digno, por su seriedad y buena fe, de traspasar los límites de la cordura.

Permaneció a su quimera hasta aquel sueño que le despertó a la cordura poco antes del sueño aquel que le despertó a la vida eterna.

Aún en su locura, no muere del todo la razón, sino que parece dormir y aflora cuando es menester hacerlo. Como todo hombre –sigo a Madariaga, y sigo a Cervantes– que emprende una aventura, su comienzo puede ser catalogado como incierto, pero a medida que sus acciones transcurren la evolución y posterior firmeza de sus valores toman una forma definitiva, ya no duda, ya es.

Ahora bien, en las primeras aventuras late en el novel caballero cierta inseguridad, las contrariedades las recibe y acepta con humildad de discípulo. Pronto, sin embargo, se deja oír en voz un tono más riguroso, es la lucha por imponer su fe a las dudas ajenas y a las propias.

Don Quijote es el hacedor de su propia gloria, y llevaba en su alma al enemigo más temible: la íntima conciencia de que todo era una ilusión. Ante este enemigo, como ante los de fuera, su actitud es la de siempre: Pecho y Valentía. Y así le vemos pelear contra todo ataque, de frente o de flanco, de cerca o de lejos, que amenaza la seguridad de su Castillo interior.

Ilusión y conocimiento, sueño y realidad, allí, con estos valores de por medio surge Dulcinea del Toboso.

Don Quijote, al enviar a Sancho con una carta para su amada, le revela que la señora de sus pensamientos, que Sancho hacía una Princesa, no es otra que Aldonza Lorenzo, la hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales. Sancho, al oír tal, prorrumpe en una sarta de sátiras y vituperios, cosa que determina que su amo adopte una actitud que le obliga a revelar el secreto de su imaginación. Don Quijote revela a Sancho que la figura de Dulcinea, es una criatura de su propia imaginación.

Sí, Dulcinea es una encarnación de todos aquellos valores a los que puede y debe sacrificarse un caballero.

Hasta aquí estas pocas apreciaciones para poder interpretar un gran y complejo papel, como lo es el personaje epónimo de Don Quijote. De mucho me servirá esto para estudiarlo más a fondo. Desde luego hojearé otra vez a Stanislavski, y lo haré con gusto; releeré a Freud, claro.

Ya me imaginaré a mi Dulcinea, ya la traeré a tierra; a fuerza de imaginarla, a fuerza de implorar a los cielos, de pedirla a los dioses universales la tendré en mis brazos. Mi Dulcinea será tan hermosa como la del Hidalgo, será tan dulce como la montaña azul que descansa en el horizonte, será mi Dulcinea tan bella y amable como mi vigor en defenderla de los hipócritas y de los fementidos. Sí, ya la veo venir, ya la siento cerca, ya su aliento está cerca de mí. Va por ti mi Dulcinea. Vale. 🐾